

“Cultura, calidad de vida y sostenibilidad de las ciudades”

La jornada ‘El Reto de la Sostenibilidad y los Gobiernos Locales’ organizada por la FEMP en Estepona, coincidiendo con la reunión de su Junta de Gobierno (véase Carta Local 362), contó con la intervención del Premio Nacional de Urbanismo, Salvador Moreno Peralta. Arquitecto y urbanista, el máximo galardón de urbanismo en España le fue concedido por el Plan General de Ordenación Urbana de 1983 de la ciudad de Málaga, su ciudad, siendo Alcalde Pedro Aparicio, primer Presidente de la FEMP. Fue así “dónde, cuándo, cómo y con quién nació mi pasión municipalista”. Así lo enmarcó en el inicio de una conferencia, a modo de reflexión sobre el estado de la ciudad, que reproducimos a continuación.



Salvador Moreno Peralta

Estamos ante el alumbramiento de un nuevo modelo territorial de “ciudad-región” que imbricará estrechamente a la capital con su área de influencia... Aquí la ciudad es YA el territorio y viceversa

“Permítanme una breve explicación de mi presencia ante ustedes. He dedicado cuarenta años, de los cincuenta que llevo ejerciendo mi profesión de arquitecto urbanista, a estudiar las ciudades, a vivirlas o, dicho más enfáticamente, a experimentar el fenómeno urbano y sus misterios, con la pasión de un explorador y la curiosidad de un entomólogo, pero sobre todo con la pulsión moral de quien, parafraseando aproximadamente a Terencio, nada de lo urbano le es ajeno.

Iniciamos el ejercicio de esta vocación en una situación muy particular, como era redactar el Plan General de Ordenación Urbana de Málaga, una ciudad oculta tras el paisaje de tierra quemada que dejó el desarrollismo de los años 70, al tiempo que se iban urdiendo los mimbres de una corporación democrática. Es decir, participábamos, con la ilusión de los aprendices, en la invención de un nuevo urbanismo, un nuevo modelo de gestión y la edificación de una nueva estructura municipal democrática y participativa. Mi pasión municipalista viene, por tanto, de ahí, y de la lapidaria reflexión del entonces Alcalde, el gran Pedro Aparicio, que



Estamos ante la primera gran crisis de lo urbano... La Covid19 nos ha obligado a reflexionar seriamente sobre la responsabilidad que la propia CIUDAD ha tenido en esta crisis, algo que involucra al sistema político, al económico, al productivo, al social..., pero de una manera muy especial a urbanistas y Alcaldes



aún reverbera en mi mente como una declaración de principios: “Habíamos comprobado que el trabajo para la igualación entre los seres humanos y el rescate de la dignidad de muchos de ellos tenía el mecanismo más rápido de acción sobre la ciudad, que actuábamos sobre el territorio vital de los hombres y sobre los servicios que forman parte de su vida cotidiana; y también que, como en toda democracia, la política local era aquella en la que el ciudadano se sentía más partícipe y controlador de los intereses públicos.” Desde entonces entendí bien cómo, con todos los respetos, los Ministros y Directores Generales pasan, pero los Alcaldes permanecen.

Esa frase explica también por qué siento que esta puede ser una disertación entre cofrades, pero, al mismo tiempo experimento también la inquietud y el enorme respeto de hacerlo ante personas que llevan encima una responsabilidad a tiempo completo (un Alcalde lo es incluso cuando duerme) y que, como el bíblico Azazel, se echan sobre sus espaldas todas las problemas que los ciudadanos sienten en la esfera de su cotidianidad, con la íntima satisfacción de ser los más directos responsables de resolverlos dentro de la materialización general del interés público. Perdonen, pues, mi atrevimiento en hablarles, nada menos que a ustedes, de la ciudad, en la estela de unos de los hechos más trascendentales de su historia, la pandemia de la Covid19.

A lo largo de la historia ha habido guerras, crisis económicas y pandemias que, por su extensión y calado hemos llamado mundiales -aunque en puridad no abarcaran a la totalidad del orbe de las que salimos con aprendizajes y olvidos. Pero sólo ahora, en poco más de una década, se han producido las dos primeras crisis con repercusión verdaderamente planetaria. La primera de ellas fue de carácter socioeconómico y como consecuencia de una criminal irresponsabilidad financiera. La segunda es esta de ahora, (no del todo pasada), la de la Covid19, que provoca el horror del efecto combinado de una guerra, una pandemia y una crisis económica insondable. No es difícil encontrar en el origen de ambas el referente espacial de una sociedad urbanizada, concentrada en megalópolis de demografías desmesuradas y una frenética movilidad interna que trastorna la natural percepción humana de la relación espacio/tiempo: estamos, de hecho, ante la primera gran crisis de lo urbano, después de que la Ciudad haya paseado su triunfo a lo largo de la historia. El Covid19, pues, nos ha obligado a reflexionar seriamente sobre la responsabilidad que la propia CIUDAD ha tenido en esta crisis, algo que involucra al sistema político, al económico, al productivo, al social..., pero de una manera muy especial a urbanistas y Alcaldes.

La ciudad, el primer y gran invento del hombre junto al lenguaje y el derecho, y en concreto nuestras ciudades, en

la variedad de sus distintas características, afronta hoy una múltiple embestida:

- 1) La desmesura del proceso de metropolización y sus consecuencias discriminatorias.
- 2) La necesidad de buscar un punto de coexistencia con esa otra ciudad, la del espacio de los flujos, la de las redes en Internet.
- y 3) La insostenibilidad del sistema económico planetario sobre el que la vida actual se sustenta.

La hipótesis que me atrevo a plantear es que, si abordamos resueltamente estas cuestiones, podremos transformar esta crisis en la oportunidad de que vuelva a surgir de ella otra ciudad, pero renovada y otra vez triunfante. Y, como digo, en esta tarea los urbanistas, los planificadores y, sobre todo, los Alcaldes, tienen mucho que decir, si volvemos a asumir el papel del que poco a poco hemos ido claudicando que es el de tener una visión global e integral sobre unos problemas que hay que resolverlos en la complejidad de su conjunto (problemas sociales, económicos, estéticos, constructivos...), y no en la fragmentación y reducción de sus visiones sectoriales.

El desmedido proceso de metropolización del planeta ha llegado a un punto crítico a partir del cual la hipertrofia de lo urbano amenaza seriamente acabar



Abordando todo aquello que lleve el prefijo “RE” ... sale un apasionante programa de acción eminentemente municipal: REurbanizar, REconstruir, REcielar, REintroducir, REconsiderar, REconferir, REqualificar, REintroducir, REpensar, REpoblar

con la ciudad. La ciudad, como representación espacial de las esperanzas en el progreso, colectivo e individual, causa y efecto de los ideales democráticos de la sociedad, parece bloqueada ante la imposibilidad física de su materialización. Su concepto mismo está sufriendo el ataque implacable de dos virus letales de los cuales diríase que el aterrador Covid19, con la incertidumbre medieval de sus secuelas, ha sido una siniestra metáfora a la vez que su consecuencia directa: el primero de estos virus es el enloquecido sistema productivo mundial que exige para su propia supervivencia de un crecimiento físico ilimitado. El segundo lo constituyen las tecnologías de la información y comunicación (TICs) -Internet y su “espacio de los flujos”- que aparentemente sugieren un mundo paralelo en el que lo virtual parece amenazar la esencial corporeidad de lo urbano con cuyo roce, a lo largo de siglos, habíamos moldeado históricamente nuestra condición de ciudadanos. La cuestión hoy, puesta violentamente de manifiesto por la paralización forzosa de la vida urbana que hemos tenido a escala mundial -de la cual ya casi ni nos acordamos-, consiste en reencontrar la ciudad perdida y amedrentada que se agazapa a resguardo de esas dos amenazas para intentar que surja renovada, con su horizonte de zozobras y esperanzas, pero de nuevo triunfante.

El modelo de producción sobre el que se asienta el mundo es el capitalista, y no parece fácil cambiar de la noche

a la mañana el motor que lo alimenta que es el consumo irracional y compulsivo. Las posibilidades que las TICs nos proporcionan con sus miles de aparatos a nuestra disposición como prótesis tecnológicas -obligatorias para que nos reconozcan un papel activo en la sociedad- permiten extender el consumo hasta unos límites de productividad insospechados. Se nos dice que nunca ha habido más capacidad individual de elección en la historia; cierto, pero también lo es el hecho de que nunca el mercado ha estado más provechosamente fragmentado en millones de consumidores diferenciados y diversos para la obtención del máximo beneficio, en lo que constituye el más poderoso instrumento de dominación que jamás pudo imaginar sátrapa alguno. Ahora que vivimos una realidad distópica cabe recordar que ya en la sociedad de “Un mundo feliz”, de Aldous Huxley, se había creado un código moral que establecía la bondad absoluta del consumo como sistema “participativo” del individuo, en clara sustitución de la otra participación tan temida: la política. Y es la participación en el consumo la materia aglomerante de la que se nutre la civitas que se desarrolla en la urbe de hoy día. De ahí que, paradójica y contrariamente a las tendencias descentralizadoras y centrífugas a las que se supone deben dar lugar el espacio digital, las ciudades adquieran hoy más importancia que nunca en tanto que aglutinadoras de masas. Las ciudades siguen deteniendo las tradicionales economías de

aglomeración, esto es, las sinergias ventajosas que procuraba la proximidad, pero, en gran medida, este significado ha sido sustituido por otro: ahora el énfasis se pone en la “aglomeración” misma como generadora de “masa” que es la condición necesaria para que se produzca el consumo, y con ello la acumulación de capital. Tras las aglomeraciones urbanas subsecuentes a la revolución industrial, la Cultura dejó de ser un monopolio estamental de minorías, político, religioso o aristocrático, para devenir cultura de masas. Y las masas son atraídas por imágenes que requieren de la publicidad, que es la que al final decide lo que pertenece a la Cultura, que a su vez seduce a la masa y ésta genera el consumo, con lo cual se cierra esa primera economía circular, antes de que blanqueáramos el concepto con su dignidad ecológica. Podemos comprobar esto dramáticamente en ese cultivo de laboratorio que son nuestros centros históricos: vemos cómo un exceso e impostación de la cultura derivada de la propia historia del lugar acaba arruinando su dimensión urbana, asolada por las masas de turistas que la consumen sin piedad como un producto del mercado global de “usar y tirar”.

En ese mercado global de producciones y consumos las ciudades funcionan hoy como empresas: las grandes metrópolis serían asimilables a las multinacionales y las medianas a las PYMES, cada una de ellas con sus respectivos márgenes de beneficio, según la es-

cala de su producción y el objetivo de sus ganancias, y cuya condición para pertenecer a ese mercado -para “estar en el mapa”- es engancharse a la red, hacerse visible en ella. Como cualquier empresa, su productividad depende del “marketing”, de la comunicación, más aún que de la calidad de lo ofertado, y la comunicación hace tiempo que dejó de ser un medio para convertirse en un fin en sí mismo. Importa menos qué se comunica que quién comunica y las ciudades, las grandes aglomeraciones urbanas comunican; lo demás no. El triunfo social, el económico, la tasación en la bolsa de la Cultura, la capitalización provechosa de su notoriedad, la divulgación del conocimiento, más que su posesión..., en definitiva, esa indispensable visibilidad que es la condición misma del triunfo, sólo se localiza en las ciudades, por mucho que la ubicuidad del espacio de los flujos digitales nos hubiera hecho pensar en la disolución de lo local.

Pero aquí topamos con un problema que no es nuevo pero que ha sido acrecentado por el estado de las Autonomías. Lo recoge Sergio Andrés Cabello en su reciente libro “La España en la que nunca pasa nada: periferias, territorios intermedios y ciudades medias y pequeñas”. Me refiero a que, concentrando todo el problema en la apabullante visibilidad de lo urbano frente a la invisibilidad económica y social del campo, eludíamos otro tipo de invisibilidad igualmente preocupante: la de todas las ciudades medias españolas, fueran o no capitales de autonomías o provincias, frente a la avasalladora presencia mediática de Madrid y Barcelona. Es esta una paradójica consecuencia territorial de nuestra democracia, que convierte la geografía política de nuestra península en un archipiélago de islotes autónomos en un mar de desconocimiento mutuo. Es innegable, aunque algunos lo nieguen, que la democracia, gracias a la cual entramos en Europa, le ha dado al país un impulso extraordinario en cualquier aspecto que se considere. Pero uno de esos aspectos más tangibles en el que todo este impulso se manifiesta, ha sido la extraordinaria modernización de la mayoría de las ciudades medias de España, con



sus trenes, sus autopistas, sus centros culturales, sus salas de exposiciones, sus museos, su inserción en el mundo tecnológico y, claro está, con el auge del turismo urbano. Pero nada de eso ha servido para romper el abrumador duopolio mediático de Madrid y Barcelona, entre otras cosas porque esas modernizaciones de las ciudades medias pueden haber aumentado la calidad de vida de todas ellas, sí, pero, al haber actuado por mimesis, por imitación a escala provinciana de las cosas que pasaban en la capital, no han sido capaces de desarrollar un modelo propio de excelencia; por el contrario, se han embarcado en una alocada carrera, algo infantil, competitiva y repetitiva, por reproducir los mismos tópicos de la supuesta “modernidad” urbana, los mismos recursos a esos iconos que han de “ponernos en el mapa”, etc. Si hay que participar en el juego de la competitividad se participa, pero encontrando primero, y potenciando después, el “nicho de mercado” que define con nitidez la fortaleza de una ciudad, su factor de singularidad que la haga brillar con una luz propia en un campo uniforme de luciérnagas urbanas. Esta invisibilidad entre unas ciudades con respecto a otras, oscurecidas por los faros de las dos grandes capitales, Madrid y Barcelona, es terriblemente nociva, porque genera la perversión óptica de que sólo ocurre lo que ocurre en ellas, como si la riqueza y los valores del país quedaran reducidos o jibarizados por lo que de ellas nos transmiten los medios generalistas. Y esa perversión desemboca, a

la postre, en un problema de cohesión social, de consideración profesional y laboral, de discriminación distributiva, de desigualdad en las oportunidades, de dificultad para retener talentos, de productividad, etc. Hoy por hoy, Madrid y Barcelona son Centro y el resto de sus ciudades, por acicaladas que estén, son Periferia, opacada por la encallecida costra provinciana de sus tópicos y por la imagen que de cada ciudad haya quedado en el imaginario colectivo. Y ya sabemos que es más fácil cambiar una ciudad que la imagen que nos hemos hecho de ella.

En todo caso, las ciudades tienen la necesidad de identificar y potenciar sus nichos de mercado para jugar en la liga de la competitividad urbana. Y sus nichos, más que en esa geografía de iconos banales, derivadas del irrepetible “efecto Guggenheim”, a la postre, está en la solidez de sus instituciones culturales, de su cultura genuina, (que ese es el verdadero nicho de mercado, porque es algo que se da ahí, y sólo ahí), en la capacidad de integrar en un concepto geográfico más amplio de ciudad-región, las fortalezas de sus ámbitos provinciales, incorporando innovación y tecnología a recursos propios, “dormidos” o abandonados, con los que poder integrar en el sistema productivo a esos huecos territoriales que hoy están estigmatizados como la España vacía. Estoy totalmente convencido de que, a este respecto, la despoblación de los núcleos rurales de la llamada España vaciada se debe en gran medida, no sólo a la atracción que

en el modelo de desarrollo español de posguerra ejercieron las grandes ciudades industriales, Madrid, Barcelona o del País Vasco, sino la claudicación industrial, social y productiva en cada provincia de sus propias capitales. Volveremos sobre esto.

Tras esta digresión local (que no será la única), volvemos a las reflexiones generales sobre la ciudad: trasladado al ámbito de lo urbano, y en el marco de la globalización, el axioma hiperliberal de que la acumulación de riqueza sea una consecuencia natural del crecimiento, y no el crecimiento como el resultado de la acumulación de riqueza, sólo puede verse como una perversión estructural con brutales consecuencias “darwinianas”. El profesor de economía de Harvard, Edward Glaeser, publicaba en el 2011 su celebrado libro “El triunfo de las ciudades” subrayando el título con este exultante comentario: “cómo nuestra mejor creación nos hace más ricos, más inteligentes, más ecológicos, más sanos y más felices”. No hacía falta esperar al mentís de esta crisis urbana planetaria para advertir que lo que el autor glosaba no era el triunfo de las ciudades (un pleonasma hasta la mitad del siglo XX), sino “la ciudad de los triunfadores”, porque la competitividad inserta en la matriz de lo urbano llevaba mucho tiempo generando guetos, diferencias, inseguridad, comunidades cerradas, miedo a la inmigración, dificultades de asimilación de la diversidad cultural, etc., y todo ello traducido en una segregación social de los espacios mayor aún que los “slums” de las ciudades industriales del siglo XIX. La ciudad ya no asimila, sino que divide y expulsa de la comunidad a los que no pueden seguir la rueda de la carrera consumista. El aire de la ciudad ya no nos hace libres, según la hermosa expresión de Hegel, sino que cada vez aumenta más la brecha entre sus ganadores y sus perdedores.

Por otro lado, la aglomeración urbana y la dependencia, tanto interna como externa, de los sistemas globales de comunicación y transporte, demandan ingentes cantidades de energía obtenida de combustibles fósiles, altamente contaminantes. Es cierto que, pese a la criminal reticencia de algunos países,



se ha producido en los últimos veinte años un considerable aumento de la conciencia ecológica ante la evidencia del cambio climático del planeta generado por la emisión urbana de gases de efecto invernadero, CO2 y NO2. Esta conciencia se ha concretado en medidas legislativas, no siempre de alcance general, que operan en el ámbito de la producción y en el del consumo; pero también ha dado lugar a la aparición de otro gran mercado, el llamado “ambientalismo de final de tubería”, consistente en arreglar los problemas de la contaminación con artefactos tipo “smart cities”, “ciudades inteligentes”, etc., basados en unos avances tecnocientíficos detentados por la sofisticada industria que los puede fabricar..., y vendérsela a quienes no la poseen, incluso imponiéndola en todo el mundo con carácter normativo en la bien pensante legislación ecológica. Como en el casino, la banca siempre gana: primero se hace negocio con la creación del problema y luego con su solución; pero con una solución que además no es tal, porque, si para limpiar nuestra atmósfera, para ver delfines en nuestros puertos, jabalíes en las urbanizaciones y patos anadeando por nuestras calles (como ocurrió con el confinamiento), ha hecho falta nada menos que la paralización universal de las ciudades, es ingenuo, si no falaz, intentar combatir la metástasis del modelo urbano con aspirinas de eficiencia tecnológica.

Es este un tema que me parece de una importancia crucial porque está con-

taminando la práctica del urbanismo muy en la línea de la cultura “Woke” que nos asuela.

Son estos tiempos en los que las religiones tradicionales están desapareciendo de la vida cotidiana, sustituidas con inusitada fuerza coactiva por otras religiones laicas basadas en la sacralización absoluta de la tecnología. Diríase que las tres potencias del alma de la doctrina católica, esto es, memoria, entendimiento y voluntad, han quedado resumidas en una sola: Inteligencia Artificial, basada en infinidad de algoritmos predictivos para lograr la máxima eficiencia en un mundo interrelacionado de una complejidad inabarcable. Nada podríamos objetar a eso si no fuera porque las ciudades Inteligentes se nos presentan como la única forma posible de lograr la resiliencia y la sostenibilidad en el ámbito urbano, a la que se encomienda también la consecución de los objetivos de desarrollo humano, entregando así a la sospechosa infalibilidad de los datos lo que son responsabilidades de la gobernanza. El Big Data y la Inteligencia Artificial son instrumentos y no fines. Las ciudades pueden convertirse así en una distópica versión del Panóptico de Bentham desde el cual el ojo del Gran Hermano no sólo vigila hasta el más íntimo pliegue de nuestro comportamiento individual, sino que condiciona nuestra conducta en la medida en que previamente ha modelado “algorítmicamente” nuestras necesidades.

Ojo a esto: estamos haciendo una planificación urbana al exclusivo dictado de datos, fichas y algoritmos que están orientados no hacia un objetivo de convivencia debatido políticamente con la ciudadanía, sino hacia la lógica de unos resultados preestablecidos en una supuesta cadena de rigor técnico al final de la cual aparecen, como decimos, empresas tecnológicas transnacionales que venden cara su mercancía. Y estos datos, asumidos acriticamente con la asepsia de su fraudulenta objetividad, se están constituyendo en un marco normativo para los entornos urbanos, como, por ejemplo, los implacables indicadores de calidad energética. La Inteligencia Artificial se está transformando en normativa, imponiendo unos certificados de Eficiencia Energética que hay que adquirir a un elevado precio, sin los cuales no pueden obtenerse los permisos para actuar urbanísticamente ni siquiera para competir en el mercado inmobiliario, que los ha impuesto como condición promocional. De esta manera vemos cómo la ya enmarañada burocracia analógica se alía con la burocracia digital para hacer un fabuloso negocio en nombre de la corrección política y la sostenibilidad. La consecuencia final puede ser pavorosa: las ciudades pueden ser ahora todo lo hermosas que cabe reflejar en una idílica infografía: parques diseñados por niños, guarderías de mascotas, incluso de insectos, control lumínico automático para evitar zonas de miedo y premios a las acciones sociales solidarias entre vecinos mediante bonos canjeables por bitcoins propios en los supermercados del lugar (esto no es broma, es la publicidad de un barrio de Málaga para una población de "millennials"). La comunidad ya no necesita ser cerrada ni tener guardias privados de vigilancia: no hay miedo al emigrante o simplemente al forastero, al otro. La seguridad no está encomendada ni a una valla ni a un guardia de seguridad sencillamente porque el vigilante eres tú mismo que le has entregado la seguridad al Gran Hermano ubicuo e invisible. De esta forma es un sarcasmo hablar de ciudadanía cuando esta no surge de una natural conciencia cívica perfeccionada en el conflicto y en la convivencia, sino remunerada

por bitcoins e impelida por la fuerza coactiva de quien se siente vigilado. Una sociabilidad, pues, programada.

No, el modelo de sostenibilidad ambiental no se arregla cambiando una tecnología analógica por una tecnología digital "inteligente" para que, "lampedusianamente", nada cambie, porque el reto es de mayor calado. A medida que nos vamos alejando de los horrores de la pandemia -y de la crisis del 2008-, se nos va relajando la conciencia crítica y analítica de las verdaderas razones de fondo que subyacían más allá del hecho patológico del contagio. En los primeros arrebatos de lucidez (siempre somos lúcidos en el epicentro de las crisis) decíamos que la pandemia y el cambio climático era una advertencia seria -quizá la última- de que había que atacar el problema en su raíz, que es la insostenibilidad de las aglomeraciones y las formas de vida que en ella se dan, y esto alude tanto a nuestros modos de habitarlas como al sistema productivo que la sustentaban. Permítanme el atrevimiento de aportarles un par de ideas.

Recordemos que días antes de que la pandemia reclamara la atención mundial, el problema que teníamos encima de la mesa era el de una España interior despoblada por la atracción de las aglomeraciones metropolitanas. Las reflexiones que la Covid19 había suscitado sobre el incierto futuro traía de nuevo el problema al primer plano. Si la Revolución Industrial a principios del siglo XIX indujo un proceso de abandono del campo y concentración en las grandes ciudades, ahora con el temor general a un contagio incontrolado y con la Revolución Digital se estaba produciendo una corriente inversa como así lo atestiguaban los portales inmobiliarios de Internet. Ello prefiguraba un modelo de asentamiento que anunciaba algo más que una opción personal, quizás extravagante o impulsada por el miedo. Se trataba de que la capital provincial se "esponjara" hacia los pueblos y núcleos tradicionales de su ámbito siempre que estuvieran en unas condiciones de plena interconexión física, pero también digital: carreteras, transporte y el 5G. Y todo ello como una saludable alternativa

residencial y laboral absolutamente integrada en la dinámica de la vida cotidiana: estos lugares podrían aportar nuevos "caladeros de productividad" si, mediante la innovación tecnológica, "se reinventaran alternativas propias para la revitalización de las economías locales, proporcionando con ello más autosuficiencia, cohesión social, democracia y protección ambiental que las que puede ofrecer el reino de las multinacionales", como escribe el sociólogo David Hammerstein.

Con ser todo esto importante, lo fundamental de este enfoque es la repercusión que esta decisión de política económica tiene sobre una nueva concepción del territorio. Estamos ante el alumbramiento de un nuevo modelo territorial de "ciudad-región" que imbricará estrechamente a la capital con su área de influencia: hablamos de un concepto geográfico y económico, moderno y abierto, que englobara en una misma lógica, como un manantial de riqueza con distintos veneros, a la conjunción de la realidad estrictamente metropolitana y las "descompresiones" de sus pueblos y ciudades medias. Aquí la ciudad es YA el territorio y viceversa, extrayendo de esa simbiosis toda su potencialidad. De esta forma:

- la digitalización contribuiría a la democratización del territorio, equilibrado en su distribución de rentas mediante la interacción de sinergias productivas.

- así planteada, esta concepción geográfico-digital, en la que todos los núcleos estarían trabajando en red, reforzaría el protagonismo de los Ayuntamientos en el reparto del gasto público en concordancia con las responsabilidades que afrontan, hoy muy por debajo del porcentaje de otros países de nuestra órbita europea.

Podemos extraer de lo dicho conclusiones de validez general. Sabemos que un país sólo está en la senda de la riqueza y el progreso si está vertebrado, y la vertebración, antes confiada a las comunicaciones físicas, ahora se encomienda fundamentalmente a las comunicaciones digitales. Pero más allá del re-equilibrio demográfico, el re-equilibrio social pasa por eliminar



otro tipo de brecha anímica muy profunda y consolidada, que sigue subsistiendo ligada al contraste entre los conceptos de Centro y Periferia. Por mucha conexión que exista, por mucho que se generalice el teletrabajo, y por mucha simultaneidad en el flujo interactivo de la información, las grandes urbes seguirán generando la irresistible atracción de la aglomeración física, movida por la inercia de la cultura de masas, significante del consumo, que es uno de los motores de la economía capitalista (como hemos dicho antes); y si antes había una brecha entre modernos digitales y paletos analógicos, ahora podrá seguir existiendo otra brecha, pero entre modernos digitales y paletos... igualmente digitales, pues la cobertura generalizada del 5G en el territorio no determina por sí sola la superación social entre lo capitalino y lo periférico. Uno no lleva el 5G a un pueblo de la sierra de Cameros, por ejemplo, sólo para ver Netflix. De ahí que, para su materialización, la idea de Ciudad-Región, Ciudad-Provincia o Ciudad-Territorio implique interio-

rizar políticamente la conciencia de una comunidad integrada, lo cual no es fácil en un país tan proclive a su fragmentación cantonalista.

Pero esta valorización de la España agraria, periférica y olvidada no es sólo importante en sí misma por las razones aducidas, sino porque el ejemplo de sus formas de vida nos ilustra de cómo interpretarlo EN las ciudades, cómo compaginar el ejercicio de la ciudadanía en la presunta contradicción entre los mundos paralelos de la ciudad analógica y la ciudad digital.

Aun viviendo en una metrópoli inabarcable el ciudadano no debe sentirse extraño dentro de ella porque la ciudad está obligada a procurarle espacios con los que pueda restablecer los valores tradicionales de lo urbano, de forma que el plano, digamos, anímico, de la ciudad digital tenga su correlato en el plano tangible de la ciudad física. Más claramente: que tras dejar el ordenador que minutos antes nos ha conectado con el universo, podamos volver a la

estimulante aleatoriedad de la calle, hacia esos lugares comunales en los que nos juntamos con nuestros semejantes para compartir con ellos nuestras alegrías y nuestras inquietudes, restableciendo la comunicabilidad física sobre la obsesiva comunicabilidad digital. No es nada nuevo: es la vida de los barrios tradicionales y que no es otra cosa que un trasunto de esa vida de los pueblos, villas y núcleos populares a los que nos hemos referido. (Ahora la cursilería rampante de los profetas surgidos de la pandemia, seduciendo a la alcaldesa de París, Anne Hidalgo, han “descubierto el barrio y el pueblo de toda la vida llamándoles “ciudades de 15 minutos”). La tradición no es una ideología reaccionaria: es un islote de presente situado entre el pasado de nuestra vida y el futuro de nuestros anhelos, en el cual no debemos sentirnos como náufragos. Nuestra vida, hoy, se desarrolla simultáneamente tanto entre el pasado y el futuro como entre la ciudad digital y la ciudad tradicional, sin caer en la esquizofrenia y sin que podamos prescindir de nin-

La cuestión hoy, puesta violentamente de manifiesto (con la Covid19) por la paralización forzosa de la vida urbana que hemos tenido a escala mundial -de la cual ya casi ni nos acordamos-, consiste en reencontrar la ciudad perdida y amedrentada que se agazapa a resguardo de esas dos amenazas (el enloquecido sistema productivo mundial y las tecnologías de la información y comunicación) para intentar que surja renovada, con su horizonte de zozobras y esperanzas, pero de nuevo triunfante



guna de las dos. Pero para que la ciudad tradicional siga siendo la ciudad de siempre y sus habitantes quieran seguir disfrutando de la plenitud de los derechos de ciudadanía, no pueden ser analfabetos en el lenguaje de hoy, porque el analfabetismo siempre produce ciudadanos de segunda categoría. Por otro lado, para que en la ciudad de siempre sigan subsistiendo los elementos que la caracterizan, es decir, las librerías, las tiendas de alimentación, las ferreterías, los bares y todo ese mundo de comercios pymes y de proximidad física que indefectiblemente nos siguen enraizando a la vida, es necesario que se digitalice, porque de lo contrario está condenado a morir, y muy rápidamente. Afortunadamente es un hecho creciente la extensión global de la digitalización, que permite aplicar innovación a toda la cadena de valor del sector del retail, del comercio minorista, con plataformas que le ayudan a utilizar las mismas armas con las que, de una manera hasta ahora desigual, juegan los grandes monopolios (Google, Amazon, Facebook, Intel, Apple, etc), con el uso del Big Data y el marketing digital. Se produciría así un efecto paradójico: que la digitalización fuera fundamental para que no desaparecieran las tiendas y, con ellas, la vida de esos barrios. Dicho de otro modo, digitalizar lo cotidiano para salvar la tradición.

Y, por último, una consideración final sobre el modelo de producción global y sus consecuencias urbanas:

- El sistema capitalista, que es como una atmósfera que se respira, se mueve con tres motores hoy dañados seriamente por haberse pasado de revoluciones: la competitividad, el consumo y el crecimiento.

- Con Internet, el principio de competitividad ha desembocado de hecho en una práctica monopolista global y transnacional que prescinde de la capacidad reguladora de los Estados-Nación. No deja de ser frustrante ver cómo Internet, que posibilita la máxima extensión y democratización del conocimiento, esté siendo utilizado para crear un sistema cerrado de monopolios a partir de la extracción

masiva de información a los ciudadanos, como ya hemos visto. Y que nuestra pobre democracia, como una barquilla desarbolada, esté navegando hoy las tormentosas aguas de un nuevo totalitarismo político emergente de carácter marcadamente populista, que no es más que el trasunto de los totalitarismos económicos que ejercen los gigantes tecnológicos, y, convengamos con Karl Popper, que tan detestables son los unos como los otros.

- Por su parte, el uso planetario de los dispositivos móviles, como prótesis tecnológicas, permite la obtención de unos beneficios incalculables al favorecer el consumo adictivo de bienes en un mercado infinitamente fragmentado de productos, cuya fabricación, por muchas etiquetas y reciclajes ecológicos que se estén dando en su fabricación, sigue esquilmando materias primas no renovables.

- Y en cuanto al crecimiento, hoy un capitalismo hiperliberal sin contrapesos keynesianos está montado sobre ese caballo desbocado que encomienda la generación de riqueza sólo al crecimiento expansivo. Pretender cambiar el modelo de producción capitalista nos llevaría a una actitud estéril para la galería. Pero lo que sí parece urgente es atajar la hipertrofia de sus excesos. En este sentido parece lógico propugnar, a partir de las posibilidades de la digitalización, una especie de "parada biológica" que convierta en modelos de negocio fórmulas de desarrollo que no impliquen necesariamente un crecimiento expansivo, sino "implosivo", como una vuelta de la mirada hacia lo existente, abordando todo aquello que lleve el prefijo "RE". Y de aquí, a mi juicio, sale un apasionante programa de acción eminentemente municipal con el que hacer real aquella intuición del Alcalde Pedro Aparicio mencionada al principio de estas líneas, de "saber que actuábamos sobre el territorio vital de los hombres y sobre servicios que forman parte de su vida cotidiana". Me refiero, por ejemplo: REurbanizar lo mal urbanizado; REconstruir lo mal construido; REciclar lo usado; REintroducir elementos de eficiencia energética en el parque inmobiliario; REconsiderar los tipos de vivienda de acuerdo con

las nuevas demandas y los efectos del Covid19; REconferir carta de naturaleza urbana a nuestros polígonos industriales, compatibilizando en ellos la residencia, el ocio y los equipamientos dotacionales, evitando el gueto; REcualificar los espacios públicos con respecto a los cuales consolidamos día a día nuestras pautas de convivencia y nuestra más íntima relación con la ciudad; REintroducir el arte, y la belleza y la Cultura en los barrios periféricos, más allá de su dotación asistencial, como condición sustantiva de su centralización; REpensar el territorio de nuestros términos municipales, incluso provinciales, deshaciendo la dicotomía campo-ciudad y viéndolos como dos mundos complementarios integrantes de una misma ciudad, amplia, horizontal y regional, gracias a la extensión de las comunicaciones físicas y digitales; REpoblar lo desertizado... En definitiva, se trata de incorporar a la lógica empresarial la idea de una especie de "regeneración universal" en la cadena de beneficio con unos objetivos y unos resultados que en principio están orientados hacia una mejora de nuestros entornos, en una acepción verosímil -y no sólo "políticamente correcta"- de la sostenibilidad. Dicho de otra manera: generar riqueza mejorando lo existente. Porque las ideas son efectivas, no nos engañemos, cuando el sistema las hace suyas descendiendo de la esfera ideal de quienes las formulan, aunque a veces estos sucumban personalmente en este proceso.

En fin, podríamos hablar de un "futuro en RE sostenido", todo ello como una forma de incorporar a la lógica empresarial la idea de una especie de "regeneración universal" en la cadena de valor con unos objetivos y unos resultados que en un principio están orientados hacia una mejora de nuestros entornos, la creación de empleo, el fomento del sólido tejido empresarial de unas bien saneadas PYMES y, muy especialmente, la mejora de nuestros entornos vitales, en una acepción verosímil y desdramatizada de la SOSTENIBILIDAD, sin la enfática ampulosidad de lo que se nos está queriendo vender como algo virtuosamente excepcional, aunque sea ya un concepto cada vez más esterilizado en su abusiva utilización".

Estepona, 28 de noviembre de 2022

